

que el Gran Oriente de Italia posee un documento que prueba la iniciación masónica de Pío IX.

"Pues bien; si vd. me lo permite, voy à dirigir en su periódico de vd. ante todo el público italiano y francés una proposición al Gran Oriente de Italia.

"No basta afirmar la posesión de un documento y publicar de él una copia: ES NECESARIO PRESENTAR EL DOCUMENTO ORIGINAL. Y cualquiera que sea el documento que posea el Gran Oriente de Italia, si es que en realidad posee alguno, como afirma IL DIRITTO y L' ECLAIR, estoy pronto à demostrar su completa falsedad material."

"Reto, pues, al Sr. Adrian Lemmi, gran maestro de la masonería italiana, à que presente un documento original realmente auténtico; y para autorizar este reto me obligo, si se presentara algún documento y yo no llegase à convencer de impostura à los masones que lo produjesen, esto es, si no consiguiera probar la falsedad material del documento, à entregar al Gran Oriente de Italia la suma de cincuenta mil francos.

"Mas si después de haberle examinado y de las explicaciones que yo diese acerca de él, quedará probado ser apócrifo el documento, el Gran Oriente de Italia deberá entregar cincuenta mil francos al director de L' OSSERVATORE CATTOLICO para ser repartidos à los pobres de Milán.

"Ruego à vd. que publique este reto para saber si lo acepta el Gran Maestro de la masonería italiana.

"Reciba vd., mi respetable señor el testimonio de mi respetuosa consideración.

LEO TAXIL."

La contestación à este reto fuè el siguiente telegrama enviado por Adrian Lemmi al *Secolo* de Milán.

"El 12 de Diciembre último la cancillería del Gran Oriente de Francia me preguntó telegráficamente si poseía documentos que probasen que Pío IX había sido masón. La cancillería del Gran Oriente de Italia respondió de mi orden lo siguiente:

"Siempre se ha dicho que Pío IX había pertenecido al carbonarismo ó à la masonería; pero nunca hemos podido tener un documento fehaciente de su iniciación en las ventas ó en las lógias italianas (*noi non abbiamo potuto avere mai un documento serio per provare la sua iniziazione nelle Vendite ó nelle Loggie italiane*) Así quedan destruidas todas las insinuaciones de los clericales y los renegados.

Firmado: ADRIAN LEMMI."

Eso de atribuir à los "renegados" (los que han tenido la fortuna de apartarse de la masonería) y à los "clericales" la invención de la calumnia reproducida últimamente por Monsieur Floquet y algunos periódicos contra Pío IX, aunque sea alusión à los escritos *masónicos* del mismo Leo Taxil, ó de cualquiera que haya servido à la secta y luego se haya reconciliado con la Iglesia católica, no deja de ser una humorada... tan ingeniosa, como ridícula.

Pero dejando esto à un lado, sólo añadiremos ahora estas palabras del OSSERVATORE CATTOLICO: "Era tiempo de acabar de una vez con las estúpidas calumnias de los masones contra Pío IX y eso ya se ha conseguido completamente."

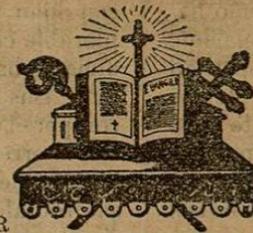
Victima de su abnegacion.

Un despacho de Surinam anuncia la muerte recientemente ocurrida en Batavia del padre Bakes, el padre Damian de Sud-América, que se hallaba desde el año de 1866 al servicio de la estación de leprosos de la Guayana holandesa, à cuyo servicio se ofreció espontáneamente.

Hace diez años se desarrolló en él la terrible enfermedad que ha puesto fin à sus días, y que fuè perdiendo gradualmente dedo tras dedo, primero, después se afectaron la nariz y un ojo que también fueron cercenados por su implacable enemigo, y sin embargo, hasta sus últimos momentos estuvo cumpliendo sus deberes sacerdotales, y prestando auxilios à los que acaso sufrían tanto como él.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL,R

RESP. JESUS BERRUICO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, MARZO 22 DE 1892.

NUM. 6.

SECCION III.—VARIEDADES.

LA CUARESMA.

Entre las varias instituciones cristianas, la Cuaresma ó el ayuno de cuarenta días inmediatamente àntes de la Pascua, es la santa y venerable por su antigüedad, por su universalidad y por los abundantes frutos espirituales que produce. La palabra *Cuaresma* es una contracción de la latina *cuadragesima*, con que la liturgia designa la santa cuaresma.

Este ayuno de cuarenta días es una imitación del de Nuestro Señor, aunque no se verifica en la época en que el Evangelio pone el ayuno dominical.

Nuestro Señor empezó à ayunar luego que fuè bautizado, esto es, en los primeros días de Enero. Pero la Iglesia ha destinado para este ayuno los cuarenta días que preceden à la Pascua, à fin de prepararnos con la práctica de una larga mortificación à celebrar dignamente el glorioso aniversario de la resurrección de Jesucristo.

La Cuaresma es de institución apostólica, por cuya razón los fi les de todos los siglos han mirado su observancia como un deber sagrado. "No hay ningún continente, dice San Basilio, ninguna isla,

ninguna nación, ninguna ciudad, ni rincón alguno de la tierra, en que no se proclame el ayuno cuadregesimal. Ejércitos enteros, los viajeros, los navegantes, los comerciantes léjos de su patria, lo oyen proclamar con satisfacción por todos los confines del mundo. Por tanto, ninguno que pueda, debe creerse dispensado de ayunar.

Los cristianos de los primeros siglos, en los días de ayuno sólo comían yerbas, raíces, legumbres ó frutas con pan y agua, y cuando más un poco de pescado sin condimento. Además, todos los alimentos eran de una especie tan comun y barata, que proporcionaban grandes ahorros en los gastos de la mesa, cuyos ahorros convertían en limosnas. No comían más que una vez al día, después de puesto el sol.

San Fructuoso, Obispo de Tarragona, cuando iba al martirio, rehusó una bebida que le daban para confortarle, diciendo que todavía no era hora de romper el ayuno: era un viernes à las diez de la mañana.

En el siglo VI suavizóse algún tanto la ley de la abstinencia, permitiéndose à los que padecían de debilidad de estómago, que bebiesen un poco de vino.

En el siglo VII se permitió el uso de los lacticinios en los países septentrionales, donde la estación todavía muy atrásada, no podía suministrar las verduras necesarias durante la Cuaresma. Más a-

delante la Iglesia, siempre bondadosa como una madre, ha ido atenuando el rigor de la disciplina, hasta permitir, como hace hoy, un ligero desayuno y la colación.

Sabidas son las causas que dispensan de la obligación del ayuno; no olvidemos que el ayuno se hace precisamente para mortificación y padecimiento. No nos hagamos ilusiones en materia tan delicada: el que no puede, porque lo impiden sus fuerzas ó su salud, nada tiene que ver. Pero cuidado, por Dios, con ello: sean consultados el confesor y el médico: que las cosas serias se han de tratar con seriedad.

HERMOSA CONVERSION

DE

UN MASON.

Un portento más de la Medalla
Milagrosa.

El Sr. D. Timoteo Fernández de Jáuregui, natural de la ciudad de Querétaro, Marques de la Villa del Villar del Aguila por derecho hereditario, era de ilustre ascendencia española, y además, por los lazos del parentesco se hallaba unido con las más linajudas familias de la antigua Nueva España.

Nutrida su alma desde la más tierna infancia con el divino néctar de la Religión Católica, durante algunos años se mantuvo firme en la fé de sus progenitores. Sin embargo, un acontecimiento que ha sido la causa de nuestras inmensas desventuras patrias, esto es, el triunfo del Plan de Ayutla, influyó desastrosamente sobre sus rectos principios, haciéndolo abjurar de ellos para erigir altares y quemar incienso á los ídolos de la Revolución.

Nueva era comenzó para él entonces: alejose de sus hermanos los católicos, que con dolor presenciaron esta sinistra y deplorabile caída, y se rodeó de amigos cuya alma se hallaba infestada del liberalismo. Sus antiguas prácticas piadosas fueron por él despreciadas; los devotos le fueron aborrecibles; maldecía los toques religiosos de las campanas, y los vestidos sacerdotales provocaban su ira. Un día, siendo prefecto de la ciudad de Querétaro, increpó en la calle rudamente á un clérigo porque llevaba sotana, intimándole que se la quitase. Y no fué éste el único cargo público que obtuvo, pues el partido reinante lo galardonó condecorándolo con las más altas dignidades del Estado, inclusa la de gobernador.

Cayendo de un abismo á otro, el símbolo de los apóstoles era para él un romance, no más digno de crédito que las fábulas inventadas por la ardiente fantasía de los poetas, hasta que por último, llegó á lo más hondo de la sima, tomando puesto bajo las banderas de la masonería.

Densas fueron las tinieblas de la triste y larga noche que sombreó esta parte de la vida del Sr. Jáuregui, hasta que incurable dolencia lo postró en la cama y la muerte se presentó ante él con todo su espantoso aspecto.

El facultativo que le impartía sus servicios profesionales, declaró á la familia que no quedaban esperanzas de salvación, y que con prudencia se le anunciara que era llegado el momento de que se preparase para el paso del mundo á la eternidad.

No era este asunto de fácil desempeño en virtud de las ideas del señor Jáuregui; no obstante, lo abordó uno de los señores sus hijos, rogándole de la mejor manera posible que en aquellos supremos instantes aceptase los consuelos de Nuestra dulce Madre la Santa Iglesia.

Apénas el paciente escuchó esta súplica, dió curso á su cólera protestando que no necesitaba de excitativas en los negocios de su conciencia, los cuales arreglaría cuando le pareciese oportuno. A mi

no me ESCAPULARIEN! exclamó. ¡Véte, véte de mi casa!...

Pasada esta crisis, el Sr. Jáuregui llamó á su hijo y con paternal afecto reparó su injusto proceder, agregando que estaba dispuesto á recibir los auxilios de la Religión.

Hízolo desde luego llamando con diligencia á un sacerdote, que lo fué el señor Canónigo de la Catedral de Querétaro, D. Agustín Guisasola, quien confesó al enfermo y le ministró el Sagrado Viático y la Santa Extremaunción.

Seis días transcurrieron en los que el mal continuó su inflexible curso, y habiendo amanecido el séptimo, el enfermo cayó en profundo y dilatado letargo. Tendido de espaldas sobre su lecho, inmóvil, demacrado el semblante y los ojos cerrados, no era ya más que un cadáver envuelto en su sudario. Debilísima respiración y pulsos apenas perceptibles poco más abajo de las articulaciones de los antebrazos, eran las exiguas señales de aquella vida que se extinguía.

La alcoba del paciente se había convertido en cámara funeraria; los facultativos declararon que la ciencia había pronunciado la última palabra y que todo había concluido.....

Así pasó el tiempo, otorgando la muerte unas cuantas horas al enfermo, quien daba en ellas ligeros indicios de vida para recaer bien pronto en las angustias de la agonía.

No obstante, á las diez de la noche, aquel cadáver se animó de impriviso, ó incorporándose el moribundo en su lecho, comenzó á dar fuertes voces á su hijo, y acudiendo éste violentamente, ¡Anda! gritó aquel con increíble energía, ¡anda á traerme al padre Guisasola para que me confiese....!

—Pero, padre, si ya te dispusiste, tranquilízate..... ¡Anda, anda, te digo, si no quieres que me vaya al infierno y que caiga sobre tí mi condenación....!

Á los pocos momentos se presentó el Sr. Guisasola y mandando á los circunstantes que despejaran, se quedó solo con

el Sr. Jáuregui. Breves frases debieron mediar entre ambos, pues pronto el sacerdote abrió la puerta y ordenó que toda la familia penetrase, lo que habiendo ejecutado hasta los sirvientes, el Sr. Jáuregui con robusta voz tomó la palabra, diciendo:

—He deseado que todos entraran para que sepan que he vivido engañándolos.... Yo no he creído ni en el misterio de la Santísima Trinidad ni en que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, pues lo he considerado sólo como filósofo; ni en la pureza de la Santísima Virgen María.... He sido deísta y también mason..... ¡La confesion y la comunión que hice hace algunos días fueron sacrílegas..... nada más por dar gusto á ustedes!..... Pero ya de todo me retracto y quiero que esto se publique para que lo sepan todos!.....

Pasado este solemne acto, el Señor Canónigo dispuso que de nuevo saliesen los presentes, quienes abandonaron la alcoba profundamente edificados y llenos de selestial gozo en vista de tan inesperada como hermosa confesion.

Volviendo entonces á quedar solos el Sr. Guisasola y el enfermo, pasó entre ellos una escena que fué negada á los ojos de los hombres, pero que regosijados presenciaron los de los ángeles. Sin duda el fervoroso penitente rodearía con sus brazos el cuello del confesor, y hundiendo en el pecho del mismo el rostro bañado en lágrimas, con sollozos, le revelaría los hondos secretos que desgarraban su corazón.

Concluida la confesion, el Ministro del Altísimo, rebosando de consuelo, bendijo aquel llanto regenerador, y prununciando á la vez las sublimes palabras del perdón, abrió las puertas del cielo á aquella alma que ya Satán contaba entre las suyas, y en el número de las que debían morar en las infernales mansiones.

Al día siguiente fué administrado de nuevo al paciente el Sagrado Viático. Practicadas las primeras ceremonias, comenzó entre el Ministro y el moribundo aquel diálogo conmovedor que todos he-

mos tenido ocasión de escuchar penetrados de sentimientos inexplicables:

—“Hermano, todo fiel cristiano está obligado á confesar los principales misterios de nuestra santa fé católica que profesó en el santo bautismo; por tanto, ¿creís en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles?”

—“¡Sí creo! respondió el enfermo con energía.

—“¿Creís que el Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas y un solo Dios verdadero?”

—“¡Sí creo! repitió de igual manera.

—“¿Creís que esto que yo ahora tengo en mis indignas manos es el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?”

—“¡Sí creo! ¡Sí creo! ¡Sí creo con toda mi alma!” prorrumpió el Sr. Jáuregui, sentándose en el lecho y levantando el brazo.

En presencia de tanta fé y de tanto fervor del nuevo creyente, el sacerdote, dejando correr sus lágrimas, y con la Sagrada Hostia todavía en las manos, elevó al cielo los ojos y exclamó:

—“¡Bendito seais, Dios mío! ¡Bendito seais. . . . !

—“Además de esto, continuó el Ministro, ¿perdonais á todos los que os han hecho alguna injuria ó algun pesar?”

—“Sí perdono con todo mi corazón. . . . !

—“Pues decid conmigo: ¡Señor, yo no soy digno de que entreis en mi morada.”

En aquellos dichos instantes la alcoba del paciente era un rincón de la gloria con sus brillantes esplendores y sus puras alegrías, y en el cual los ángeles y los hombres se unieron en una sola oración, en una alabanza sola. . . .

Después el Sr. Jáuregui se recogió dentro de sí mismo para dar gracias á su Dios por los portentosos favores que acababa de prodigarle.

Sólo para esto le otorgó tiempo la muerte, pues aunque no lo arrebató luego, volvió á embargarlo con su sopor, hasta que por fin, á los dos días, el agonizante rin-

dió su espíritu regenerado con la Sangre de Jesucristo.

A í fué como el Sr. Jáuregui, si dió escandalos durante su vida, volvió de los umbrales de la tumba para arrojarse en los brazos de su Padre Celestial, dejando al mundo verdadero y hermoso ejemplo de la incomparable parábola del Hijo Pródigo.

Una devoción del Sr. Jáuregui sobrevivió al naufragio en que las demás perecieron: la de llevar siempre pendiente del cuello la *Medalla Milagrosa*.

Fué, pues, la Santísima Virgen María quien volvió al agonizante el vigor, y lo ejecutó por medios tan maravillosos, que los facultativos declararon que el raro vigor que tuvo en sus últimas horas el Sr. Jáuregui, no se explica si se considera acaecido por las vías de la simple naturaleza. La Madre de Dios fué quien arrancó á su devoto de las fauces del averno cuando éste se preparaba ya para devorarlo, y lo llevó, así lo creemos confiados en las infinitas misericordias, á empuñar, entre los coros celestiales, la inmarcesible palma de los triunfadores. . . .

¡Que este relato sea para la honra del Sr. Jáuregui; pero sobre todo, para la gloria del Omnipotente, y de Aquella que es la Esperanza de los corazones arrependidos. . . . !

LA CONVERSION DEL CARDENAL MANNING.

Merece contarse como se obró la conversión del cardenal Manning. El mismo ilustre Purpurado es quien la va á referir en carta á un amigo suyo.

Hé aquí sus palabras:

LA ESCUELA NEUTRA.

Comenzaremos este artículo, en el que tenemos que ocuparnos de una de las cuestiones de más vital importancia para esta sociedad mexicana, con las palabras de un republicano contemporáneo, á quien nuestros adversarios no se atreverán á tachar de retrógrado ni clerical, de Julio Simon, cuyo voto es respetable, no sólo por su imparcialidad, sino por su experiencia en materia de educación de la juventud, como lo atestiguan sus obras y sus trabajos. Pues bien, este filósofo ha dejado consignadas en su obra de “La Libertad Política,” cap III, De las condiciones y de las garantías de la verdadera libertad, las siguientes notabilísimas palabras:

“El hombre no vive sólo de pan. Una sociedad que no garantizase más que las necesidades del cuerpo, faltaría á la más noble de sus atribuciones. Hemos sido creados para la sociedad de las almas, para comunicarnos nuestras ideas y nuestros pensamientos; para trabajar, para amar y para orar juntos. La religion cristiana pone estas palabras en boca de los niños: “¿Para qué os ha creado Dios y puesto en el mundo?—Para conocerlo, amarlo y servirlo.” ¡Cocerlo! tal es, en efecto, nuestra primera necesidad y nuestro primer deber.”

El célebre Portalis, conecador de los efectos de la escuela sin Dios, se expresaba de la manera siguiente:

“Que las teorías se callen ante los hechos. No hay instrucción sin educación, no hay educación sin moral y sin religion. Los profesores han enseñado en el desierto, porque han proclamado con toda imprudencia que era necesario no hablar de religion en las escuelas.”

Y el célebre Le Play, famoso y respetado economista de nuestro tiempo, ha establecido que fuera del Decálogo y del

“Me hallaba en Roma; visitaba los museos, las ruinas y las iglesias. Como todos mis paisanos, presencié varias solemnidades religiosas y estudié la ciudad en todos sus aspectos. No tenía la menor duda acerca de la verdad del protestantismo; de que era ministro, ni pensamiento de cambiar de fé religiosa, lo cual nunca se me ocurrió ni aun en sueños; de modo que en este orden de ideas nada de cuanto veían mis ojos produjo en mi alma la menor impresion. En realidad de verdad, me hallaba tan lejos del Catolicismo como cuando salí de Inglaterra.

“Pero una mañana entré en la iglesia de San Luis de los Franceses. Estaba expuesto el Santísimo é iba á reservarse con bendición, acto del culto que hasta entónces no había presenciado. Jamás ví nada tan sencillo, velas encendidas y sacerdotes con sobrepelliz. Junto á las gradas del altar algunos fieles en oración. ¡Que diferencia entre aquella reserva y las solemnes funciones pontificias de San Pedro! Pero quiso la divina misericordia que allí oyera mi primer llamamiento. Sentí que el alma se me conmovía de una manera misteriosa, y en el fondo de ella llegué á entrever los reflejos de un débil rayo de luz. Por primera vez me ocurrió entónces el pensamiento de que en el Catolicismo podía haber algo que fuese verdad, y de-d-aquel punto mi conversión no me pareció imposible. Cierta es que aún me hallaba lejos de ella; pero Dios me había llamado y yo no me hice sordo á su voz. Oyé, busqué, estudié con toda sinceridad; la luz fué brillando con más resplandor cada vez, y la gracia divina consumó la obra.”

El Domingo de Ramos del año 1851, el Dr. Manning, arcediano de Chichester, fué recibido en la Iglesia Católica, en la capilla de los Padres Jesuitas de Londres por el P. Brorombili, rector de la misma. Este venerable religioso había recibido la abjuración de tantos y tantos protestantes, que Lady Georgina Fullerton, célebre literata y no ménos célebre conversa, le llamaba *el recaudador general*.